

## EL MENSAJE DE LA ECONOMIA POLITICA RADICAL <sup>(1)</sup>

Alfonso Barceló  
Universidad de Barcelona

---

### I. ¿CIENCIA ECONÓMICA?

La economía se presenta a menudo como la ciencia social más madura y exacta, capaz de orientar acciones, realizar pronósticos, explicar el pasado. Todo ello de una manera, si no impecable, sí satisfactoria a grandes rasgos. Ya lo dijo Popper de manera poco cautelosa: "El éxito de la Economía Matemática muestra que por lo menos una ciencia social ha pasado por su revolución newtoniana" (Popper, 1957, 74). También goza la economía de buenas referencias en lo que atañe a su genealogía y tradición intelectual: algunas de sus máximas tienen un respetable pedigrí de más de dos siglos. Por otra parte, sus argumentaciones más preciadas suelen presentarse en la alta sociedad académica vestidas con formalismos matemáticos aparatosos, cuando no espectaculares. A primera vista parece, pues, hallarse en un estado muy saludable, bien orientada en cuanto a bases y perspectivas. Luego no es de extrañar que sea motivo de envidia y de imitación por parte de investigadores de campos vecinos que también aspiran a entender cómo funcionan los seres humanos en sociedad.

El resultado final es un texto un tanto híbrido, a medio camino entre el ensayo de divulgación y las notas de clase. De todos modos, aunque sus objetivos sean modestos en lo que se refiere a rigor y originalidad, confío en que cumpla en alguna medida el cometido asignado, a saber, sugerir e incluso provocar. Deseo puntualizar, por último, que algunas de las ideas aquí expuestas se hallan argumentadas de forma más sistemática y cuidada en el artículo "Teoría económica y enfoque de la reproducción" (in Febrero, ed., **Qué es la economía**, Madrid, Pirámide, 1997, págs. 241-269), así como en mis libros **Filosofía de la economía** (Barcelona, Icaria, 1992) y **Economía política radical** (Madrid, Síntesis, 1998).

No es ese, sin embargo, el único dictamen realmente existente, ni mucho menos. Desde otros ángulos lo que se percibe es una ciencia primitiva, con muchas lagunas y abundantes vicios escolásticos, que cultiva el rigor en las demostraciones formales, pero descuida gravemente la precisión semántica y la validación empírica.

Conviene recordar, en efecto, que no existen en general pruebas severas que permitan confirmar o refutar las hipótesis y teoremas económicos; ni se dispone de criterios cabales para validar diagnósticos, pronósticos o tratamientos. También parece obvio que si uno echa una mirada ingenua alrededor del mundo que nos cobija, no hallará muchos motivos para alborozarse a la hora de juzgar los resultados de la autorregulación económica de las sociedades humanas.

En efecto, ni la economía ni la sociedad presentes pueden juzgarse como realidades ejemplares, aunque exhiban inmensos avances y logros colosales. Pero merece la pena recalcar también algunas evidencias negativas. Aun si dejamos a un lado las guerras entre etnias y entre estados, la barbarie con que son tratados colectivos indefensos o postergados (sobre todo niños y mujeres), la opresión política y cultural a que son sometidos grupos minoritarios y hasta comunidades enteras, quedan todavía muchos hechos lúgubres en un plano específicamente económico: a destacar, en especial, las hambrunas, la pobreza y marginación de millones de personas, mientras algunos miles de privilegiados concentran un poder político y económico descomunal.

Es obvio que el contraste es tan inmenso que resulta escandaloso a la luz de casi cualquier código ético. Otro motivo de alarma es la destrucción a gran escala del patrimonio natural. En fin, las inmensas riquezas científicas y culturales que se han ido

---

<sup>1</sup> Para redactar el presente trabajo he utilizado como materia prima los guiones de un par de intervenciones recientes en defensa de una teoría económica alternativa. A saber: una conferencia sobre "Economía crítica: Enfoques y tendencias" pronunciada en la Facultad de CC. Económicas de la Universidad de Valladolid el 5 de mayo de 2000; y las lecciones introductorias del curso de verano sobre "La economía radical" realizado en Sa Riera, Universidad de las Islas Baleares, la semana del 11 al 15 de setiembre de 2000. Aprovecho la ocasión para agradecer a los promotores de ambos actos (Jesús Santamaría y José Luis Groizard, respectivamente) su amistosa hospitalidad.

acumulando a lo largo de la historia resultan hoy, con las tecnologías mediáticas modernas, potencialmente asequibles a grandes masas de la población mundial, pero padecen a veces el ataque de ideologías cavernícolas y anticientíficas, e incluso tienen que rivalizar a menudo con la producción en masa de basura cultural destinada a narcotizar a unas muchedumbres explotadas y oprimidas. De hecho, la propia disciplina económica desempeña una importante función ideológica: combinada con algunas dosis de retórica sirve para producir mensajes de consuelo y adoctrinamiento.

Todo eso resulta deplorable, porque tiene implicaciones muy serias a la hora de afrontar los retos sociales y políticos que nuestra generación tiene que afrontar. Si disfrutar de la vida, ayudar a vivir, mitigar los sufrimientos, promover el bienestar, impulsar la justicia, desarrollar la solidaridad tienen que ser los grandes objetivos éticos y políticos que ha de plantearse la humanidad, es claro que una exigencia básica es dominar (teórica y prácticamente) sociotécnicas apropiadas para nuestro tiempo. Lo cual requiere una fundamentación teórica que exige, obviamente, combinar (en dosis apropiadas) principios de psicología, politología, economía, sociología. No es preciso añadir, además, que todo proyecto que pretenda incidir sobre la evolución y articulación social de manera sensata ha de tomar en cuenta tanto las restricciones biológicas como las limitaciones derivadas de las propiedades fundamentales de la ecología humana.

Desde el mirador insinuado en los párrafos precedentes queremos hacer hincapié, en fin de cuenta, en que la teoría económica, como cualquier otra ciencia fáctica, tiene como meta conocer una parcela de la realidad -el ámbito de lo económico-, y como objetivo mediato hallar relaciones entre rasgos y propiedades vinculados a este nivel. Es obvio que para lograr este propósito hace falta abordar problemas, reunir datos, crear conceptos y escrutar hipótesis. Ahora bien, el objeto de la economía es inmenso y tiene fronteras borrosas; los saberes económicos combinan elementos científicos, recetas técnicas y programas publicitarios, y es difícil separar estos ingredientes; por otro lado resulta imposible aislar la materia económica del resto de manifestaciones sociales. Desde luego hay que reconocer que la ciencia económica actual ha reunido un conjunto de saberes extenso (formado por grandes cantidades de datos y de modelos); pero no se puede pasar por alto que los fundamentos de la disciplina carecen de la solidez deseable y que los recetas prácticos resultan a menudo bastante endeables.

Pues bien, aunque no sea aspiración unánime, entendemos que el objetivo ideal a perseguir debería ser una teoría económica articulada como una malla de leyes y relaciones coherente, si bien -por supuesto- tal edificio conceptual nunca será infalible ni definitivo. Con prolongaciones tecnológicas, tanto para los microsistemas, como para los sistemas sociales globales o regionales. Y con alguna capacidad para entender el pasado y prever el futuro.

En síntesis, para dar el visto bueno a una teoría, es preciso asegurarse de su coherencia y comprobar que resulta adecuada para entender una realidad determinada. Realidad que nunca será perenne: así que las diversas representaciones de esa realidad irán envejeciendo y haciéndose caducas, por la mudanza de los referentes y la emergencia de nuevas propiedades. Ahora bien, sea como fuere habrá que disponer de criterios para poner a prueba la congruencia de los objetos y mecanismos que una teoría o un modelo presenta como retrato o caricatura de una realidad. Pues si no se lleva a cabo algún control de ese género lo que se está haciendo es fantasear, sea con retórica literaria o con retórica algebraica.

La "economía radical" pretende afrontar estos retos, con mejor o peor fortuna, con logros y con fallos, con líneas de ataque locales o globales, con planteamientos a veces de cariz más teórico, a veces con un talante más práctico. Revisar someramente las bases y resultados de este enfoque es el objetivo del presente ensayo.

## II. LA ECONOMIA RADICAL

El término "Economía política radical" (o alternativamente, "economía crítica" y hasta "economía heterodoxa") no denota un conjunto bien perfilado de autores y ideas, con lindes precisas, sino que recubre un territorio extenso ocupado por tribus que se oponen a las doctrinas convencionales. Es decir, en este amplio campo coexisten (con variados grados de buena vecindad o de animadversión) distintas escuelas y subescuelas. Evidentemente una opción es poner énfasis en las diferencias y avivar la rivalidad entre corrientes análogas, y otra posibilidad es subrayar el poso común y los objetivos compartidos.

En una obra excelente (Lavoie, 1992), Marc Lavoie hacía hincapié en los rasgos comunes y proponía para el conjunto de posiciones similares la denominación de "programa de investigación postclásico". Este paradigma englobaría, con matices

---

e idiosincrasias diversas, un vasto conjunto de plateamientos no ortodoxos, tales como la economía marxista y el institucionalismo, los socioeconomistas y los evolucionistas, las escuelas francesas del circuito y de la regulación, los neorricardianos y los postkeynesianos. En él tendrían también perfecta cabida ciertas tesis blandidas por la "economía feminista" y la "economía ecológica" contra la economía convencional (Cf. Carrasco, 1999; Georgescu-Roegen, 1976).

En suma, por lo que atañe a sus fuentes nutricias, todas las corrientes que conforman la economía crítica hincan sus raíces en ciertas tradiciones comunes, teóricas o humanistas. En el plano intelectual, las principales fuentes de inspiración son el marxismo, el institucionalismo americano, la escuela antropológica e historicista liderada por Polanyi, el keynesianismo de izquierdas. Si se quiere personalizar más, vale decir que los autores que sirven como puntos de referencia en tanto que predecesores e inspiradores son Karl Marx, John M. Keynes y Joseph A. Schumpeter. De entre los cicerones de la siguiente generación destacan Piero Sraffa, Michal Kalecki, Maurice Dobb, Joan Robinson, Paul Sweezy.

Si miramos ahora hacia los elementos comunes en el plano sustantivo, valdría describir la economía crítica (o "radical" o "postclásica") con cuatro rasgos característicos de índole teórica, más un principio ideológico básico, el igualitarismo (combinado, claro está, para cada escuela específica con diversas dosis de libertad y de fraternidad). Los principios teóricos a los que acabamos de aludir son: a) el realismo; b) el sistemismo; c) el papel medular de la producción y, aún más, de la reproducción social; d) la racionalidad limitada. Veamos muy brevemente qué significa todo eso.

Por **realismo** se entiende que el principal objetivo de la disciplina es entender y explicar una realidad, y no diseñar mundos posibles o fabricar cajas de herramientas al margen de las etapas del desarrollo humano. Aunque el realismo no sea un rasgo exclusivo de la economía crítica, ésta se opone de forma rotunda al formalismo y al instrumentalismo, enfoques que gozan de prestigio en muchos invernaderos académicos.

Conviene subrayar, en este orden de ideas, que rehuir la corroboración empírica (limitarse al escrutinio formal, y no poner empeño en confirmar o refutar proposiciones) aboca a la esterilidad teórica. Por supuesto que adoptar el realismo científico no desembaraza de todos los obstáculos. La realidad no

es transparente, ni nuestros sentidos capaces de captarlo todo, ni nuestro sistema neuronal aséptico y omnipotente. Así que avanzamos a trompicones, cometiendo errores y manejando nociones pedestres y metáforas engañosas. Por supuesto que los modelos son siempre idealizaciones. Y seguro que los fenómenos concretos no sólo responden a los factores esenciales involucrados, sino que tienen también adherencias y aditamentos varios. Pero las abstracciones y simplificaciones deben ser "de buena fe", y no debieran nunca tergiversar la propia naturaleza de los hechos.

El **sistemismo** (cf. Bunge, 1979; Bunge, 1998) hace hincapié en que las sociedades no son puros agregados de individuos, ni entidades preexistentes que conceden ciudadanía e imponen roles a hombres sin atributos. Son, por el contrario, sistemas, es decir, objetos complejos en los que las redes de relaciones desempeñan papeles decisivos y van modificando los propios constituyentes. En suma, lo real son los individuos en sociedad, que van modelándose y coadaptándose mientras describen trayectorias históricas definidas. A destacar que a lo largo de estos procesos emergen nuevas propiedades y nuevas relaciones. Por consiguiente, desde esta visión se niega que el enfoque individualista sirva para dar cabal razón de las propiedades emergentes de los sistemas sociales.

En fin, como cimiento ontológico, destaca sobre todo la primacía concedida a las **condiciones de la producción y la reproducción** de las sociedades (Cf. Barceló, 1981; Cartelier, 1981; Kurz & Salvadori, 1995). Adoptar esta visión como base explicativa principal de los fenómenos económicos tiene como fundamento el hecho de que tanto los propios seres humanos como los medios materiales de existencia, junto con sus sistemas de ideas y creencias, han de ser producidos, restaurados y repuestos periódicamente. Parece, pues, razonable postular que la replicación económica ha de suministrar pistas decisivas para entender y explicar las trayectorias reales y las trayectorias posibles de una sociedad. Por el contrario, la economía neoclásica contempla como pilar del análisis económico las preferencias de los individuos. Preferencias que se plasman en intercambios a través del juego de los mercados. En la sección 4 volvemos sobre este asunto.

Falta ocuparnos de la "**racionalidad**", que suele ser un término honorífico pocas veces presentado con los distinguos y matices deseables. Ante todo hay que decir que no se trata de un concepto de una sola pieza (cf. Elster, 1983a; Elster

1983b). En segundo lugar conviene recordar que es tradición entre los economistas ocuparse del comportamiento humano sin prestar atención a las investigaciones de la psicología y la psicosociología, ignorando así logros de capital importancia (cf. Aronson, 1976; Damasio, 1994). También es oportuno señalar que un principio epistemológico bien asentado indica que no son de recibo los paseos libertinos en terrenos colindantes. Verdad es que a veces dan el pego durante un tiempo, pero luego se revelan sus aspectos ridículos o fraudulentos (Cf. Sokal & Bricmont, 1997); otras veces alimentan discursos vacuos más o menos escolásticos, hasta que los avances conceptuales, metodológicos o de las técnicas auxiliares permiten barrer la basura acumulada en las fases de tanteo.

Pues bien, los economistas críticos niegan pertinencia al supuesto de racionalidad sustantiva y, en general, suscriben alguna variante de las tesis de Herbert Simon sobre la "racionalidad limitada" (cf. Simon, 1957). Opinan, además, que es preciso abordar de verdad los límites y las servidumbres del comportamiento racional, y denuncian que la racionalidad que se supone en los modelos neoclásicos tiene poco que ver con el comportamiento efectivo de los seres humanos, con sus estrategias dinámicas, las vacilaciones entre metapreferencias, las pautas adaptadas a las circunstancias, en suma, con las variadas combinaciones de información parcial, incertidumbre, rutinas y cálculo.

Al fin y a la postre, quienes tratan de explicar las conductas no rutinarias tienen que partir de la hipótesis de trabajo de que las personas humanas se comportan de forma más o menos "razonable" (o, como mínimo, según razones). Y eso es lo que hay que entender y explicar. Así que en lugar de diagnosticar por decreto una "racionalidad" descontextualizada y atemporal, lo que habría que hacer es analizar aquellas razones desde las diversas plataformas de que hoy se dispone. Es decir, desde la neuropsicología, desde la psicología cognitiva y desde la psicosociología.

Pasemos ahora al quinto elemento anunciado, a saber, el substrato ideológico, o sea, al campo de las opciones valorativas donde se halla entronizada la "**igualdad**". Pues bien, en primer lugar hay que advertir que la "igualdad" debe entenderse como norma ideal, como "primera ley" de un proyecto social futurista (o de una sociedad utópica). Se trata, en suma, de un principio clave, pero matizado por una serie de derechos humanos que han ido emergiendo a través de la evolución de las civilizaciones. No son "derechos" que estén ahí, a la

espera de ser descubiertos, sino que van configurándose y cristalizando por medio de la acción colectiva, aun cuando la biología, la antropología, la doctrina jurídica, la historia y la ética pueden esclarecer tanto sus contornos estructurales como su consolidación en el tiempo.

### III. LA PROBLEMATICA RADICAL

Los asuntos estelares realizados por la economía crítica o radical varían según el ángulo de visión, el nivel de abstracción y la escala temporal de referencia. En un plano muy general destacan los siguientes: la generación y reparto del excedente, las variables distributivas (salarios, rentas, tipos de beneficio), las estructuras de poder económico en la empresa y en cada sector, la dinámica económica (crecimiento, desarrollo, cambios técnicos), junto con las interconexiones con otros ámbitos de la realidad social (ecosistemas y recursos naturales, reproducción humana, psicología, politología, cultura e ideología). Hay que reconocer, por supuesto, que queda muchísimo por hacer, y que los avances logrados han de ser calificados de modestos, aunque haya aportaciones magníficas (cf. Pasinetti, 1981; Pasinetti, 1993).

Si miramos el asunto desde otra perspectiva, vale llamar la atención sobre cuatro postulados básicos. El primero, asociado a un particular rasgo de la obra de Keynes, consiste en asumir como característica definitoria que el porvenir está abierto, que la incertidumbre es consustancial con la previsión económica, en breve, que el pasado es irrevocable y el futuro desconocido. Una consecuencia destacada de ese lema fundacional es la importancia atribuida a los factores monetarios como puentes que vinculan presente y futuro, de modo que todo modelo o teoría que pretenda reflejar las propiedades centrales de una economía moderna ha de integrar en la esfera real los factores monetarios, si quiere explicar cómo funcionan los mercados, cómo opera en ellos el dinero y qué pautas evolutivas van produciéndose.

Un segundo pilar, que puede etiquetarse de kaleckiano, empieza por adoptar una perspectiva de clase social en lugar de una concepción individualista. Desde una óptica global se perciben las economías como sometidas a tendencias cíclicas, a exceso de capacidad y al desempleo, fenómenos todos ellos que se entienden como representativos de una tendencia normal de los mercados normales. Esta tradición subraya además que el análisis del equilibrio es poco fértil y que lo prometedor es enfocar la atención hacia la explicación del crecimiento y los ciclos económicos, que son fenómenos fuertemente

---

trabados y en gran medida orientados por las evoluciones de la demanda efectiva (y dentro de ella desempeñando un papel crucial la demanda de inversión).

Un tercer pilar consiste en la determinación estructural de los precios, ocupación y reparto de la renta nacional tomando como base fundamental las condiciones de la reproducción heredadas del pasado histórico. Es decir, en lugar de pretender explicar los precios mediante el juego de las demandas y las ofertas, se sigue el planteamiento clásico (rehabilitado por Sraffa) que explica los precios "normales" a partir de los costes y los concibe como determinados fundamentalmente por la tecnología imperante y las relaciones de fuerza entre diversas clases o estratos sociales.

El cuarto pilar está constituido por las hebras arquetípicas de la tradición institucionalista en economía. Esto es, una corriente de pensamiento que destaca los aspectos orgánicos y evolutivos de cualquier formación económica y social. La consolidación de este enfoque, en una escueta genealogía, arranca de Veblen, incorpora sensibilidades y tesis del historicismo, hereda algunos de los planteamientos de la escuela de Polanyi y es remozada más recientemente con el evolucionismo y el neoinstitucionalismo (Cf. Polanyi, 1944; Nelson & Winter, 1982). Sin duda algunos de sus máximas parecen verdades ineludibles: no se dan actos económicos puros, sin más atributos; siempre ha habido otras instituciones económicas además del mercado; por consiguiente, importa el Estado y las estructuras familiares, la ideología y las técnicas, el medio y la historia; en fin, todo proceso económico y social se desenvuelve en un contexto determinado y articulado a través de mecanismos concretos que el análisis científico tiene que revelar.

En definitiva, las estructuras institucionales y organizativas desempeñan un papel importante que debe ser estudiado, lo que empuja hacia la coordinación con otras ciencias sociales, hacia una sociología integral e integradora, que vertebré los avances de las disciplinas intelectuales concretas en una trama global y bien definida, a la vez que respeta las autonomías genuinamente merecidas de cada ciencia social específica.

#### **IV. ¿INDIVIDUOS MAXIMIZADORES?**

El individualismo metodológico es una posición filosófica que sostiene que toda acción social se explica a partir del comportamiento atomístico de agentes sociales aislados, en una primera ronda al

menos. Muchos economistas neoclásicos se han declarado adeptos de esta ideología, que de hecho subyace en la mayoría de modelos económicos. Pero este principio teórico resulta incongruente con el conocimiento que han ido destilando las demás ciencias sociales y en especial la neuropsicología. En efecto, la interdependencia impregna el comportamiento humano en todas sus vertientes, ya sean emocionales, intelectuales o económicas. Ocurre además que esas relaciones sociales son mudables y van evolucionando. Encima, para analizar adecuadamente las cosas, hay que atender al papel que desempeñan los artefactos que ha ido elaborando la humanidad, tanto si se trata de instituciones, como si son objetos materiales o incluso ideas.

Parece obvio, en fin de cuenta, que los sujetos económicos no son meros individuos autónomos ni simples portadores de roles, sino seres socializados capaces de anticipar el futuro y de llevar a cabo acciones estratégicas, regidos por pulsiones, intereses, normas y valores. De todos modos la cuestión no es reconocer que la socialización funciona en unos casos más y en otros menos, sino plantear y analizar de qué modo coevolucionan grupos e individuos. Explicar la dialéctica entre biología y cultura, entre permanencia y cambio, entre inercia histórica e innovación social, entre presión de grupo y reacción individual es uno de los grandes retos de la ciencia social de hoy. Y, por supuesto, para abordar estas cuestiones hará falta combinar imaginación teórica, saberes diversos, experimentos y observaciones varias (cf. Piattelli, 1993).

Lo que acabamos de apuntar no es asunto nimio. De hecho, todos los enfoques teóricos en economía se hallan afectados por el trasfondo ontológico adoptado. Pues bien, desde la economía académica estándar uno de los factores básicos que configuran la realidad social se halla constituido por las preferencias de individuos que interactúan a través de procesos de elección en un marco de recursos dados y de restricciones técnicas heredadas del pasado. Sin embargo, en un plano riguroso, parece claro que los gustos individuales han de juzgarse como un inaceptable fundamento de una teoría científica. En efecto, no se ve manera de cuantificar estas magnitudes de forma rigurosa y objetiva.

Aún más, en el supuesto de que se consiguieran establecer indicadores precisos (por vía psicológica, bioquímica o electroneuronal), presumiblemente tales indicadores no serían robustos. Encima, no parece natural admitir que los "agentes" de que habla la economía ortodoxa tengan pautas de elección inmutables (o poco cambiantes) con el paso

---

del tiempo, los desplazamientos en el espacio o las modificaciones del medio social. Al fin y a la postre, pues, estas restricciones casan mal con el requisito de que los datos o variables exógenas sobre los que se construye una teoría han de ser estables, o sufrir cambios de acuerdo con leyes claramente estipuladas. Entonces la salida fácil es incurrir en tautologías y argumentar en círculo vicioso. Eso es lo que ocurre cuando se sostiene que el motivo o razón de que alguien elija A es porque prefiere A. Esa acción revela sus preferencias. Y queda demostrado que prefiere A porque si no, habría elegido B o C. como queríamos demostrar.

### **V. MERCADO, EQUILIBRIO Y TEMPORALIDAD**

En términos esquemáticos el enfoque neoclásico (o "marginalista"), que despegó durante la década de 1870 y que ha llegado a convertirse en la "economía académica" por antonomasia (o "economía ortodoxa"), se caracteriza por diseñar un núcleo básico con los siguientes rasgos. Unos consumidores que realizan sus elecciones en el mercado sobre la base de unas específicas funciones de utilidad u órdenes de preferencias; unos productores que deciden qué y cómo producir en función de las técnicas conocidas y buscando maximizar los beneficios; un mercado ideal en el que compradores y vendedores se encuentran, interaccionan y del que emergen precios y cantidades de equilibrio. Entendemos que el talón de Aquiles de esta concepción radica, como ya hemos apuntado, en apoyarse en una magnitud ilusoria, la función de utilidad, irremisiblemente condenada a la opacidad.

Pero los economistas críticos suelen rechazar también los planteamientos centrados en la noción neoclásica del equilibrio, y poner en cuarentena ciertas secuencias causales postuladas por la economía estándar. Por ejemplo, para la óptica postclásica precios y cantidades no tienen por qué moverse juntos, pues en el corto plazo con frecuencia los precios están fijos y son las cantidades las variables que se ajustan. Ni es el equilibrio el objeto fundamental del análisis, sino más bien los procesos y los mecanismos que intervienen en ellos. Concretando: desde la óptica crítica, la economía es concebida como en movimiento constante, con los mercados permanentemente sometidos a diversas presiones de ajuste. Pero ni la dirección ni la magnitud de los movimientos resultantes ha de ser necesariamente óptima. Más aún, los procesos de ajuste no apuntan obligadamente hacia una posición fija o predeterminada, puesto que a medida que se llevan a cabo los desplazamientos la misma economía

va cambiando. Además, el ajuste estará a menudo influido por la ruta seleccionada en cada bifurcación. Y en el devenir de cada economía no sólo afloran cambios cuantitativos, sino que también se dan transformaciones estructurales. Y esos cambios acumulativos modifican las pautas de consumo, los aspectos técnicos y organizativos de los procesos de producción y hasta las formas en que funcionan los mercados y se llevan a cabo los procesos de redistribución.

Por todo ello ni la noción de equilibrio ni la convencional noción de estabilidad parecen buenas conceptualizaciones para entender como funcionan las economías modernas. Lo cual no equivale a afirmar que sean herramientas analíticas huecas. Tienen interés, sobre todo para realizar tareas exploratorias y como andamiaje auxiliar para construir genuinas teorías. Pero carecen de sólidos cimientos y dejan muchos cabos sueltos.

Asimismo surgen disonancias importantes (a veces en el plano de los principios, a veces en el plano táctico, otras veces en el estratégico) en relación con el complicado asunto del tiempo. Como advertencia preliminar conviene hacer hincapié en que todo proceso productivo requiere tiempo, o sea, que la producción instantánea es físicamente imposible. Por otra parte, cuando se revela un desarreglo en la trama de conexiones (mercantiles o no), las fuerzas económicas se ponen en movimiento, pero los efectos pueden anticiparse demasiado o tardar más de la cuenta. Asimismo hay que notar que los agentes económicos toman compromisos mucho antes de que puedan predecirse los resultados de sus acciones, lo que está fuertemente ligado al ambiente de incertidumbre inevitable que rodea las acciones que tienen efectos variopintos y retardados (cf. Schelling, 1978).

En correspondencia con estas complejidades, los análisis de economía crítica suelen prestar atención destacada a las peculiaridades del tiempo histórico, que es irrevocable y radicalmente diferente del tiempo lógico. El lema que condensa esta cuestión podría ser: El pasado está dado y no puede ser modificado, mientras que el futuro es incierto y por tanto desconocido (cf. Robinson, 1974). Atender a esos aspectos es de primera importancia para los postkeynesianos, que suelen conceder una gran importancia al hecho de que las decisiones de invertir se hallan siempre afectadas por el peso de la incertidumbre, lo que amplifica el impacto de otras causas. Siguiendo a Keynes, recalcan también que los gastos destinados a inversiones son el elemento crucial que determina el grado de ocupación y el nivel

---

de la producción agregada, y que estos gastos dependen en buena medida de las expectativas de beneficios. Pues bien, dado que tales expectativas son la resultante de elementos poco robustos, trátese de datos, apreciaciones o funciones de respuesta, cabe esperar que las anticipaciones en cuestión serán volátiles y que eso provocará cambios erráticos en la evolución temporal de un sistema económico. Conviene puntualizar de todos modos que en la era de la globalización estos esquemas resultan insatisfactorios, por simplones y pedestres.

Un último asunto que vale la pena mencionar es el de los recursos naturales, en la triple vertiente: teórica, pragmática y estratégica. Una tarea esencial es explicar la realidad, y por consiguiente explicar cómo se determinan precios y cantidades; un segundo frente es la tecnología económica, y en esta línea hay que sugerir pautas de conducta para productores y consumidores; y, por último, hay que situar el tema dentro de un contexto de ecología humana y de estrategia de supervivencia de la especie. El tema es enorme y no podemos ni siquiera esbozarlo. Pero como mínimo vale la pena recordar que el caso de los recursos naturales que van a agotarse en un plazo medio (gas natural, petróleo, carbón) plantea serias dudas sobre la idoneidad de los mecanismos de mercado para una correcta utilización temporal (esto es, intergeneracional) de los recursos, sobre todo porque las generaciones venideras no existen y por tanto no pueden intervenir en las transacciones efectivas ni expresar preferencia alguna. Bajo estas circunstancias es probable que las fuerzas del mercado adolezcan de miopía, como ilustra el hecho de la degradación de tierras fértiles, que tienden a transmutarse en eriales improductivos cuando priman los beneficios inmediatos. O la destrucción de los bosques con bajas tasas de reproducción natural (en general, sobre esa problemática, cf. Naredo, 1987; Martínez Alier & Roca Jusmet, 2000).

## **VI. IDEOLOGIA Y PROYECTOS DE FUTURO**

La economía crítica tiene, como es obvio, un particular trasfondo ideológico, formado por una mezcla de principios valorativos, conjeturas antropológicas, corazonadas sobre tendencias históricas, entreverado todo ello con datos e hipótesis científicas más o menos fiables. Pues bien, frente a las doctrinas del liberalismo económico, que hacen hincapié en las virtudes de la competición económica y de la búsqueda del interés propio, los economistas radicales hacen suyas las tesis sobre la bondad de la cooperación y de la ayuda mutua, de la acción colectiva y de la intervención consciente de la sociedad sobre la trama de las relaciones económicas.

Así que, sin excesivas ambigüedades, cabe calificar de "socialistas" a los economistas críticos, aun cuando no se dé una paridad ajustada entre ambos conjuntos. Recordemos que por "socialismo" se entendía, tradicionalmente, una forma de organización de la sociedad en la que los principales recursos naturales y los grandes medios de producción (desde el suelo y las minas hasta las fábricas y los bancos) tenían que pertenecer a la comunidad en su conjunto y ser gestionadas por órganos representativos, en el marco de un plan económico general orientado a satisfacer las necesidades sociales, según el principio básico de la igualdad. Pero hoy los futuros posibles no se ven con tanto simplismo, a la luz de las experiencias históricas del siglo XX.

En términos actualizados podríamos señalar como principio estratégico compartido por los economistas críticos el objetivo de erradicar toda explotación y opresión, a la vez que asumir como norma ideal la igualdad básica de todos los seres humanos. Esta opción política suele justificarse a partir de la combinación de un factor ideológico con una hipótesis sobre hechos. Nótese, a ese respecto, que esclarecer valores no es fácil, y suelen quedar siempre flecos pendientes. En cambio, resolver cuestiones de hecho es tarea más asequible.

Sin embargo, aunque dan mucho de sí el debate racional, la observación y la experimentación, hay que conceder que puede requerir mucho esfuerzo desbrozar el territorio y esclarecer los elementos fundamentales. En todo caso el asunto estriba en que desde la economía crítica se subrayan de forma reiterada las servidumbres y los límites de dos instituciones cruciales del sistema capitalista: el mercado y la propiedad privada de los grandes medios de producción (cf. Schotter, 1985; Kapp, 1963).

No son objeciones recientes: para los economistas clásicos los mercados, más que una entidad para lograr una asignación óptima de los recursos, constituían un terreno en el que dirimir diversos conflictos sociales. Según esta concepción, pues, el entramado de las relaciones mercantiles crea situaciones en las que la lucha por apropiarse de bienes o riquezas opera dentro de un marco de reglas razonables, de forma tal que se mitigan los daños a los agentes. Con todo, el mercado no es propiamente un mecanismo para resolver conflictos (cf. Hirschman, 1970), sino un sistema concreto, con una base institucional. Más aún, en verdad no existe el

---

mercado, sino mercados, como subrayó a menudo Maurice Allais.

Pues bien, aun cuando durante un tiempo se pensó que el Estado podía dirigir el grueso de las actividades económicas por medio de una planificación más o menos integral y más o menos centralizada, las ricas y a menudo sorprendentes experiencias históricas del último siglo revelan que no hay panaceas, ni recetas miríficas, ni terrenos libres de peligros y amenazas. Así que para avanzar en justicia y bienestar, en la satisfacción de necesidades y deseos, en el despliegue de las potencialidades personales y colectivas, en la armonía con la naturaleza, habrá que ir ensayando y corrigiendo, mientras se tantean diversas combinaciones de Estado, mercado, familia y comunidad, a la vez que se ponen a prueba diversos tipos de instituciones y variados mecanismos de interacción social.

En definitiva, sin negarle al mercado algunas virtudes importantes, los economistas radicales subrayan que ámbitos decisivos de la actividad económica no pueden quedar en manos de la lógica del interés privado, dado que éste no sólo corrige ciertos desajustes, sino que también provoca fluctuaciones y amplifica algunas inestabilidades, amén de consagrar y a menudo incrementar las desigualdades.

De momento, pues, los viejos programas de salvación se hallan hoy descalificados o en cuarentena. Pero subsisten, no obstante, unas aspiraciones profundas que la economía radical enarbola como objetivos primordiales. Destacaremos tres de ellos: primero, satisfacer las necesidades básicas y los deseos legítimos de la población, combinando derechos y deberes, justicia y solidaridad; en segundo lugar, articular una relación armoniosa con la naturaleza regida por el principio de sostenibilidad; en tercer lugar, imbuir contenidos democráticos en todos los ámbitos de las relaciones sociales, tanto en el campo de las relaciones domésticas, como en la esfera económica y política, adoptando como norte la equidad en combinación con una amplísima autodeterminación de los individuos.

## VII. TELEGRAMA DE DESPEDIDA

Quisiera terminar con unos párrafos más contundentes.

No hay que confundir la crítica con las malas tripas, apuntó Antonio Machado por boca de Juan de Mairena. Tampoco es de recibo el relativismo

oportunista que afirma que todas las ideas merecen un respeto. De ningún modo: justamente para saber si una idea es valiosa hay que ponerla a prueba. Cuando son sometidas a severas embestidas, entonces revelan las ideas su vigor o su flaqueza. Así que no es recomendable predicar ni practicar la tolerancia frente a posiciones estimadas erróneas. Los objetos dignos de respeto son los seres humanos, no sus ideas, ni sus creencias, ni sus costumbres.

Pero generar buenas ideas, y reconocer cuáles poseen este carácter, no son labores sencillas. Cabe apuntar, no obstante, ciertas recomendaciones generales que ayuden a desbrozar el camino. He aquí algunas sugerencias destinadas a estudiantes:

- Desconfíe tanto de las descalificaciones globales como de las verdades rotundas. No es malo tomar partido, pero los sectarismos doctrinarios resultan fatales. Lo mejor es tal vez practicar sin desmayo el escepticismo moderado. En concreto, desarrolle el hábito de plantear a los mayores preguntas sencillas (aunque parezcan inocentes), a la vez que exige respuestas claras.

- Idealice de entrada todo problema complejo, intentando separar lo esencial de lo accesorio. Luego después, reincorpore los elementos juzgados secundarios o periféricos.

- Utilice siempre gafas sistémicas. Tanto la realidad como la teoría se hallan configuradas como "sistemas", es decir como paquetes de elementos interrelacionados, formando estructuras y dotados de propiedades emergentes. Así que ni el individualismo metodológico ni el epistemológico constituyen principios satisfactorios, aunque puedan tener de vez en cuando su pizca de verdad.

- Demande (y practique, si puede) modelizaciones honestas. Esto es, en las que quepan perfectamente las simplificaciones, pero no admita que se conviertan en refugio de disparates o de meros juegos academicistas.

- Explore la solidez tanto de las premisas como de las conclusiones. El rigor no ha de limitarse a los aspectos sintácticos, sino que ha de cubrir por igual las diversas fases de la investigación científica, tanto pura como aplicada, tanto lógica como semántica.

- Contextualice todas las cuestiones y todos los resultados. No desdeñe la importancia de los elementos descartados ni de los factores de sorpresa a la hora de los pronósticos y de las recomendaciones prácticas.

---

- - No descuide jamás que toda construcción teórica es falible y perfectible. Pero de ahí no se sigue que haya que desconfiar por igual de todas las piezas: los componentes de una argumentación compleja tienen diferente grado de plausibilidad y de solidez, así que no es admisible dudar de todo por igual. Por otro lado, cuando se rechaza un constructo teórico, es muy

posible que ciertos elementos pueden reciclarse tras unos retoques apropiados. Dada esa eventualidad, modificar la función de tales elementos e insertarlos en una nueva arquitectura explicativa constituye una tarea especialmente meritoria y fecunda.

**BIBLIOGRAFIA**

- Allais, M. (1971): "Las teorías del equilibrio económico general y de la eficacia máxima". *El Trimestre Económico*, vol 56 (3), jul-sept. 1989, págs. 656-726.
- Aronson, E. (1976): *El animal social. Introducción a la psicología social*. Madrid, Alianza, 1985.
- Baranzini, M.; Scazzieri, M. (eds.) (1986): *Foundations of Economics*. Oxford, Basil Blackwell.
- Barceló, A.; (1981): *Reproducción económica y modos de producción*. Barcelona, Serbal.
- Blaug, M. (1990): *Economic Theories, True or False?*. Aldershot, Edward Elgar.
- Boudon, R. (1979): *La lógica de lo social. Introducción al análisis sociológico*. Madrid, Rialp, 1981.
- Boulding, K. E. (1971): *Reconstrucción de la economía*. Buenos Aires, Ateneo.
- Boulding, K. E. (1978): *Ecodynamics. A New Theory of Societal Evolution*. Beverly Hills, Sage.
- Bunge, M. (1979): *A World of Systems* (Vol. 4 of *Treatise on Basic Philosophy*). Dordrecht and Boston, Reidel.
- Bunge, M. (1998): *Social Science under Debate: A Philosophical Perspective*. Toronto, University of Toronto Press.
- Carrasco, C. (ed.) (1999): *Mujeres y economía. Nuevas perspectivas para viejos y nuevos problemas*. Barcelona, Icaria.
- Cartelier, J. (1981): *Excedente y reproducción*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Coleman, J. (1990): *Foundations of Social Theory*. Cambridge, Cambridge U. P.
- Damasio, A. R. (1994): *El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano*. Barcelona, Crítica, 1996.
- Dobb, M. (1973): *Teoría del valor y de la distribución desde Adam Smith. Ideología y teoría económica*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1975.
- Doyal, L.; Gough, I. (1992): *Teoría de las necesidades humanas*. Barcelona, Icaria, 1994.
- Eatwell, J.; Milgate, M.; Newman, P. (eds.) (1987): *The New Palgrave. A Dictionary of Economics*. London, Macmillan. 4 vols.
- Eichner, A. S. (ed.) (1983): *Why Economics is not yet a Science?*. Armonk (New York), Sharpe.
- Elster, J. (1983a): *Uvas amargas. Sobre la subversión de la racionalidad*. Barcelona, Península, 1988.
- Elster, J. (1983b): *El cambio tecnológico. Investigaciones sobre la racionalidad y la transformación social*. Barcelona, Gedisa, 1990.
- Georgescu-Roegen N. (1976): *Energy and Economic Myths*. New York, Pergamon.
- Guerrero, D. (1997): *Historia del pensamiento económico heterodoxo*. Madrid, Trotta.
- Hendry, D. F. (1993): *Econometrics. Alchemy or Science?* London, Blackwell.
- Hirschman, A. O. (1970): *Salida, voz y lealtad*. México, FCE, 1986.
- Kapp, K. W. (1963): *Los costes sociales de la empresa privada*. Barcelona, Oikos, 1966.
- Kurz, H. D.; Salvadori, N. (1995): *Theory of Production. A Long-period Analysis*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Lavoie, M. (1992): *Foundation of Post-Keynesian Economic Analysis*. Aldershot, Edward Elgar.
- Martínez Alier, J.; Roca Jusmet, J. (2000): *Economía ecológica y política ambiental*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Mirowski, P. (1989): *More Heat than Light*. Cambridge, Cambridge University Press.

- Naredo, J. M. (1987): *La economía en evolución*. Madrid, Siglo XXI.
- Nelson, R.; Winter, S. (1982): *An Evolutionary Theory of Economic Change*. Cambridge, Harvard University Press.
- Pasinetti, L. (1981): *Cambio estructural y crecimiento económico*. Madrid, Pirámide, 1985.
- Pasinetti, L. (1993): *Structural economic dynamics. A theory of the economic consequences of human learning*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Piattelli Palmarini, M. (1993): *Los túneles de la mente. ¿Qué se esconde tras nuestros errores?* Barcelona, Crítica, 1995.
- Polanyi, K. (1944): *La gran transformación*. México, Juan Pablos, 1975.
- Popper, K. R. (1957): *La miseria del historicismo*. Madrid, Alianza, 1961.
- Robinson, J. (1971): *Herejías económicas. Viejas controversias de la teoría económica*. Barcelona, Ariel, 1976.
- Robinson, J. (1974): "History versus Equilibrium". En Robinson, 1979, pp. 58-68
- Robinson, J. (1978): *Contributions to Modern Economics*. Oxford, Basil Blackwell.
- Robinson, J. (1979): *Collected Economic Papers V*. Oxford, Basil Blackwell.
- Schelling, T. C. (1978): *Micromotivos y macroconducta*. México, FCE, 1989.
- Schotter, A. (1985): *La economía de libre mercado*. Barcelona, Ariel, 1987.
- Simon, H. A. (1957): *Models of Man, Social and Rational: Mathematical Essays on Rational and Human Behavior in a Social Setting*. New York, Wiley and Sons.
- Sokal, A.; Bricmont, J. (1997): *Imposturas intelectuales*. Barcelona, Paidós, 1999.
- Steedman, I. (ed.) (1988): *Sraffian Economics*. Edward Elgar. 2 vols.
- Szenberg, M. (ed.) (1992): *Grandes economistas de hoy. El testimonio vivo y la visión del mundo de los grandes economistas de hoy*. Madrid, Debate, 1994.
-